



## CARTAS DEL VIDENTE

**Arthur Rimbaud**

### **PRIMERA CARTA:**

*De Arthur Rimbaud a Georges Izambard*

Charleville, 13 mayo 1871

Estimado señor:

Ya está usted otra vez de profesor. Nos debemos a la sociedad, me tiene usted dicho: forma usted parte del cuerpo docente: anda por el buen carril. — También yo me aplico este principio: hago, con todo cinismo, que me mantengan; estoy desenterrando antiguos imbéciles del colegio: les suelto todo lo bobo, sucio, malo, de palabra o de obra, que soy capaz de inventarme: me pagan en cervezas y en vinos. Stat mater dolorosa, dum pendet filius, — Me debo a la Sociedad, eso es cierto; — y soy yo quien tiene razón. Usted también la tiene, hoy por hoy. En el fondo, usted no ve más que poesía subjetiva en este principio suyo: su obstinación en reincorporarse al establo universitario — ¡perdón! — así lo demuestra.

Pero no por ella dejará de terminar como uno de esos satisfechos que no han hecho nada, porque nada quisieron hacer. Eso sin tener en cuenta que su poesía subjetiva siempre será horriblemente sosa. Un día, así lo espero, — y otros muchos esperan lo mismo

—, veré en ese principio suyo la poesía objetiva: ¡la veré más sinceramente de lo que usted sería capaz! Seré un trabajador: tal es la idea que me frena, cuando las cóleras locas me empujan hacia la batalla de París — ¡donde, no obstante, tantos trabajadores siguen muriendo mientras yo le escribo a usted! Trabajar ahora, eso nunca jamás; estoy en huelga. Por el momento, lo que hago es encanallarme todo lo posible. ¿Por qué? Quiero ser poeta y me estoy esforzando en hacerme Vidente: ni va usted a comprender nada, ni apenas si yo sabré expresárselo. Ello consiste en alcanzar lo desconocido por el desarreglo de todos los sentidos. Los padecimientos son enormes, pero hay que ser fuerte, que haber nacido poeta, y yo me he dado cuenta de que soy poeta. No es en modo alguno culpa mía. Nos equivocamos al decir: yo pienso: deberíamos decir me piensan. — Perdón por el juego de palabras.

YO es otro. Tanto peor para la madera que se descubre violín, ¡y mofa contra los inconscientes, que pontifican sobre lo que ignoran por completo!

Usted para mí no es Docente. Le regalo esto: ¿puede calificarse de sátira, como usted diría? ¿Puede calificarse de poesía? Es fantasía, siempre. — Pero, se lo suplico, no subraye ni con lápiz, ni demasiado con el pensamiento.

### **El corazón atormentado**

Mi triste corazón babea en la popa,  
Mi corazón está lleno de tabaco de hebra:  
Ellos le arrojan chorros de sopa,  
Mi triste corazón babea en la popa:  
Ante las chirigotas de la tropa  
Que suelta una risotada general,  
Mi triste corazón babea en la popa,  
¡Mi corazón está lleno de tabaco de hierba!  
¡Itifálicos y sorcheros  
Sus insultos lo han pervertido!  
En el gobernalle pintan frescos  
Itifálicos y sorcheros.  
Oh olas abracadabrantescas,  
Tomad mi cuerpo para que se salve:  
¡Itifálicos y sorcheros  
sus insultos lo han pervertido!  
Cuando, al final, se les seque el tabaco,  
¿Cómo actuar, oh corazón robado?

Habrá cantilenas báquicas  
Cuando, al final, se les seque el tabaco:  
Me darán bascas estomacales  
Si el triste corazón me lo reprimen:  
Cuando, al final, se les seque el tabaco  
¿Cómo actuar, oh corazón robado?  
No es que esto no quiera decir nada. Contésteme,  
a casa del señor Deverrière, para

AR. RIMBAUD

**SEGUNDA CARTA :**

De Arthur Rimbaud a Paul Demeny  
Charleville, 15 mayo 1871  
He decidido darle a usted una hora de literatura  
nueva; empiezo a continuación con un  
salmo de actualidad:

**Canto de guerra parisino**

La primavera es evidente, porque  
Desde el corazón de las Propiedades verdes,  
El vuelo de Thiers y de Picard  
Mantiene sus esplendores de par en par.  
¡Oh Mayo! ¡Qué delirante culos al aire!  
¡Sèvres, Meudon, Bagneux, Asnières,  
Escuchad, pues, cómo los bienvenidos  
Siembran las cosas primaverales!  
Llevan chacó, sable y tam-tam,  
No la vieja caja de velas  
Y yolas que nunca, nunca...  
¡Surcan el lago de aguas enrojecidas!  
¡Ahora más que nunca nos juerguearemos  
Cuando se vengan encima de nuestros cuchitriles  
A derrumbarse los amarillos cabujones  
En amaneceres muy especiales!  
Thiers y Picard son unos Eros,  
Conquistadores de heliotropos,  
Con petróleo pintan Corots:  
Ahí vienen sus tropas abejorreando...  
¡Son familiares del Gran Truco!...  
¡Y tumbado en los gladiolos, Favre  
Hace de su parpadeo acueducto,  
Y sus resoplidos a la pimienta!  
La gran ciudad tiene las calles calientes,  
A pesar de vuestras duchas de petróleo,  
y decididamente tenemos que  
Sacudiros en vuestro papel.  
¡Y los Rurales que se arrellanan  
En prolongados acuclillamientos,  
Oirán ramitas crujiendo  
Entre los rojos arrugamientos!

A. RIMBAUD

—Ahí va una prosa sobre el porvenir de la

poesía. Toda poesía antigua desemboca en la poesía Griega, Vida armoniosa. — Desde Grecia hasta el movimiento romántico, — edad media, — hay letrados, versificadores. De Ennio a Turoldus, de Turoldus a Casimir Delavigne, todo es prosa rimada, apoltronamiento y gloria de innumerables generaciones idiotas: Racine es el puro, el fuerte, el grande. — Si alguien le hubiese soplado en las rimas, revuelto los hemistiquios, al Divino Tonto no se le haría más caso hoy que a cualquiera que se descolgara escribiendo unos Orígenes. — Después de Racine, el juego se pone mohoso. Ha durado dos mil años.

No es broma ni paradoja. La razón me inspira más convencimientos sobre el tema que rabietas se agarra el Jeune-France. Por lo demás, los nuevos son muy libres de abominar de los antepasados: estamos en casa y no nos falta el tiempo. Nunca se ha entendido bien el romanticismo. ¿Quién iba a entenderlo? ¡Los críticos! ¡A los románticos, que tan bien demuestran que la canción es muy pocas veces la obra, es decir: el pensamiento contado y comprendido por quien lo canta? Porque Yo es otro. Si el cobre se despierta convertido en corneta, la culpa no es en modo alguno suya. Algo me resulta evidente: estoy asistiendo al parto de mi propio pensamiento: lo miro, lo escucho: aventuro un roce con el arco: la sinfonía se remueve en las profundidades, o aparece de un salto en escena.

Si los viejos imbéciles hubieran descubierto del yo algo más que su significado falso, ahora no tendríamos que andar barriendo tantos millones de esqueletos que, desde tiempo infinito, han venido acumulando los productos de sus tuertas inteligencias, ¡proclamándose autores de ellos!

En Grecia, he dicho, versos y liras ponen ritmo a la acción.

A partir de ahí, música y rima se tornan juegos, entretenimientos.

El estudio de ese pasado encanta a los curiosos: muchos se complacen en renovar semejantes antigüedades — allá ellos. A la inteligencia universal siempre le han crecido las ideas naturalmente; los hombres recogían en parte aquellos frutos del cerebro; se obraba

en consecuencia, se escribían libros: de tal modo iban las cosas, porque el hombre no se trabajaba, no se había despertado aún, o no había alcanzado todavía la plenitud de la gran ilusión. Funcionarios, escribanos: autor, creador, poeta, ¡nunca existió tal hombre!

El primer objeto de estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento, completo; se busca el alma, la inspecciona, la prueba, la aprende. Cuando ya se la sabe, tiene que cultivarla; lo cual parece fácil: en todo cerebro se produce un desarrollo natural; tantos egoístas se proclaman autores; ¡hay otros muchos que se atribuyen su progreso intelectual! — Pero de lo que se trata es de hacer monstruosa el alma: ¡a la manera de los comprachicos, vaya! Imagínese un hombre que se implanta verrugas en la cara y se las cultiva.

Digo que hay que ser vidente, hacerse vidente. El poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; busca por sí mismo, agota en sí todos los venenos, para no quedarse sino con sus quintaesencias. Inefable tortura en la que necesita de toda la fe, de toda la fuerza sobrehumana, por la que se convierte entre todos en el enfermo grave, el gran criminal, el gran maldito, — ¡y el supremo Sabio!

— ¡Porque alcanza lo desconocido! ¡Porque se ha cultivado el alma, ya rica, más que ningún otro! Alcanza lo desconocido y, aunque, enloquecido, acabara perdiendo la inteligencia de sus visiones, ¡no dejaría de haberlas visto! Que reviente saltando hacia cosas inauditas o innombrables: ya vendrán otros horribles trabajadores; empezarán a partir de los horizontes en que el otro se haya desplomado.

— Continuará dentro de seis minutos —

Intercalo aquí un segundo salmo fuera de texto: préstele usted benévolamente oído, — y todo el mundo se quedará encantado. — Tengo el arco en la mano, empiezo:

### **Mis pequeñas enamoradas**

Un hidrolato lagrimal lava  
Los cielos de verde col:  
Bajo el árbol retoñero que os babea  
Los cauchos,

Blancas de lunas especiales  
Con los pialatos redondos,  
¡Entrechocad las rótulas,  
Monicacos míos!  
¡Nos amamos en aquella época,  
Monicaco azul!  
¡Comíamos huevos pasados por agua  
Y pamplinas de agua!  
Una tarde, me consagraste como poeta,  
Monicaco rubio:  
Baja aquí, que te dé unos azotes,  
en mi regazo;  
Vomité tu bandolina,  
Monicaco moreno;  
Tú me habrías cortado la mandolina  
Con el filo de la frente.  
¡Puah! Mis salivas resecas,  
Monicaco pelirrojo,  
¡Todavía te infectan las zanjas  
Del pecho redondo!  
¡Oh mis pequeñas enamoradas,  
os odio tanto!  
¡Sujetaos con trapos dolorosos  
Las feas tetas!  
¡Prestadme los viejos tarros  
De sentimiento en conserva!  
¡Hale, venga, sed mis bailarinas  
Por un momento!....  
¡Los omoplatos se os desencajan,  
Oh amores míos!  
¡Con una estrella en los riñones cojos,  
¡Dadles la vuelta a vuestras vueltas!  
¡Y pensar que por tales brazuelos de cordero  
He escrito rimas!  
¡Me gustaría romperos las caderas  
Por haber amado!  
Soso montón de estrellas fallidas,  
Id a llenar los rincones!  
— ¡Reventaréis en Dios, albardeadas  
De innobles cuidados!  
Bajo las lunas particulares  
con los pialatos redondos,  
¡Entrechocad las rótulas,  
Monicacos míos!

A. RIMBAUD

Ahí lo tiene. Y tenga usted en cuenta que,  
si no me lo impidiese el temor de hacerle pagar  
más de 60 céntimos de porte, — ¡yo, pobre  
pasmado que hace siete meses que no  
veo una monedita de bronce! — ¡aún le mandaría

mis Amantes de París, cien hexámetros,  
señor mío, y mi Muerte de París, doscientos  
hexámetros!

Vuelvo a tomar el hilo: El poeta es, pues,  
robador de fuego. Lleva el peso de la humani-  
dad, incluso de los animales; tendrá que conseguir  
que sus invenciones se sientan, se palpen,  
se escuchen; si lo que trae de allá abajo  
tiene forma, él da forma; si es informe, lo que  
da es informe. Hallar una lengua;  
— Por lo demás, como toda palabra es  
idea, ¡vendrá el momento del lenguaje universal!

Hay que ser académico, — más muerto  
que un fósil, — para completar un diccionario,  
sea del idioma que sea. ¡Hay gente débil  
que si se pusiera a pensar en la primera letra  
del alfabeto, acabaría muy pronto por sumirse  
en la locura!

Este lenguaje será del alma para el alma,  
resumiéndolo todo, perfumes, sonidos, colores,  
pensamiento que se aferra al pensamiento  
y tira de él. Si el poeta definiera qué cantidad  
de lo desconocido se despierta, en su  
época, dentro del alma universal, ¡daría algo  
más — la fórmula de su pensamiento, — la  
notación de su marcha hacia el Progreso!

Enormidad que se convierte en norma, absorbida  
por todos, ¡el poeta sería en verdad un  
multiplicador de progreso!

Este porvenir será materialista, ya lo ve  
usted; — Siempre llenos de Números y de  
Armonía, estos poemas habrán sido hechos  
para permanecer. — En el fondo, seguirá  
siendo, en parte, Poesía griega.

El arte eterno tendría sus cometidos, del  
mismo modo en que los poetas son ciudadanos.  
La poesía dejará de poner ritmo a la acción;  
irá por delante de ella. ¡Existirán tales  
poetas! Cuando se rompa la infinita servidumbre  
de la mujer, cuando viva por ella y  
para ella, cuando el hombre, — hasta ahora  
abominable, — le haya dado la remisión,  
¡también ella será poeta! ¡La mujer hará sus  
hallazgos en lo desconocido!

¿Serán sus mundos de ideas distintos de  
los nuestros? — Descubrirá cosas extrañas,  
insondables, repulsivas, deliciosas; nosotros  
las recogeremos, las comprenderemos. Mientras  
tanto, pidamos a los poetas lo nuevo, —  
ideas y formas. Todos los listos estarán dispuestos

a creer que ellos han dado satisfacción  
a tal demanda. — ¡No es eso!  
Los primeros románticos fueron videntes  
sin percatarse bien de ello: el cultivo de sus  
almas se inició en los accidentes: locomotoras  
abandonadas, pero ardorosas, que durante  
algún tiempo se acoplan a los carriles. — Lamartine  
es a veces vidente, pero lo estrangula  
la forma vieja. — Hugo, demasiado cabezota,  
sí que tiene mucha visión en los últimos volúmenes:  
Los Miserables son un verdadero poema.  
Tengo Los castigos a mano; Stella da más o  
menos la medida de la visión de Hugo. Demasiados  
Belmontet y Lamménais, Jehovás y  
columnas, viejas enormidades muertas. Musset  
nos es catorce veces detestable, a nosotros,  
generaciones dolorosas y presa de visiones,  
— que nos sentimos insultados por su  
pereza de ángel. ¡Oh cuentos y proverbios  
insípidos!  
¡Oh noches! ¡Oh Rolla, oh Namouna, oh la  
Coupe! Todo es francés, es decir: detestable  
en grado sumo: ¡francés, no parisino! ¡Una  
obra más del odioso genio que inspiró a Rabelais,  
a Voltaire, a Jean La Fontaine, comentado  
por el señor Taine! ¡Primaveral, el espíritu  
de Musset! ¡Encantador, su amor! ¡Esto sí que  
es pintura al esmalte, poesía sólida! La poesía  
francesa se seguirá paladeando durante mucho  
tiempo, pero en Francia. No hay dependiente  
de ultramarinos que no sea capaz de  
descolgarse con un apóstrofe estilo Rolla; no  
hay seminarista que no lleve sus quinientas  
rimas en el secreto de su libreta. A los quince  
años, tales impulsos de pasión ponen a los  
jóvenes en celo; a los dieciséis empiezan a  
conformarse con recitarlos con sentimiento; a  
los dieciocho, incluso a los diecisiete, todo  
colegial que esté en condiciones hace el Rolla,  
¡escribe un Rolla! Incluso puede que quede  
alguno todavía que pierda la vida en ello.  
Musset no supo hacer nada: había visiones  
tras la gasa de las cortinas: él cerró los ojos.  
Francés, flojo, arrastrado del cafetín al pupitre  
del colegio, el hermoso cadáver está muerto,  
y, de ahora en adelante, no nos tomemos  
siquiera la molestia de despertarlo para nuestras  
abominaciones.  
Los segundos románticos son muy videntes.  
Th. Gauthier, Leconte de Lisle, Th. de

Banville. Pero cómo inspeccionar lo invisible y oír lo inaudito que recuperar el espíritu de las cosas muertas, Baudelaire es el primer vidente, rey de los poetas, un auténtico Dios. Vivió, sin embargo, en un medio demasiado artista; y la forma, que tanto le alaban, es mezquina: las invenciones de lo desconocido requieren de formas nuevas.

— Experimentada en las formas viejas, entre los inocentes, A Renaud, — ha hecho su Rolla; — L. Grandet, — ha hecho su Rolla; — los galos y los Musset, G. Lafenestre, Coran, Cl. Popelin, Soulary, L. Salles; Los escolares, Marc, Aicard, Theuriet; los muertos y los imbéciles, Autran, Barbier, L. Pichat, Lemoyne, los Deschamps, los Dessimarts; los periodistas, L. Claudel, Robert Luzarches, X. de Richard; los fantasistas, C. Méndez; los bohemios; las mujeres; los talentos, Léon Dierx y Sully-Prudhomme, Coppée; — la nueva escuela, llamada parnasiana, tiene dos videntes: Albert Mérat y Paul Verlaine, un verdadero poeta. — Ahí lo tiene. De modo que estoy trabajando en hacerme vidente. — Y terminemos con un canto piadoso.

### **Acuclillamientos**

Bastante tarde, sintiéndose con asco en el estómago,  
El hermano Milotus, sin quitar ojo del tragaluz  
Desde el cual el sol, claro como un caldero  
rebruñido,  
Le clava una jaqueca y le marea la vista,  
Desplaza entre las sábanas su barriga de  
cura.  
Se agita bajo su manta gris  
Y baja con las rodillas en la barriga trémula,  
Pasmado como un viejo comiéndose su  
toma  
Porque tiene, agarrado del asa un orinal  
blanco,  
Que arremangarse la camisa por encima de  
los riñones.  
Ahora ya está en cuclillas, friolento, con los  
dedos del pie  
Replegados, tiritando al claro sol que contrachapea  
Amarillos de bollo en los vidrios de papel;  
Y la nariz del hombre, alumbrado de laca,  
Husmea en los rayos de sol, como un polipero  
carnal.

.....

El hombre se cuece a fuego lento, con los  
brazos retorcidos,  
[ con el belfo  
Metido en la barriga; siente que se le escurren  
los muslos en el  
[ fuego,  
Y que las calzas se le chamuscan, y que la  
va a diñar;  
¡Algo parecido a un pájaro se menea un  
poquito  
En su barriga serena como un montón de  
mondongo!  
En torno a él duerme un batiborrillo de  
muebles embrutecidos  
En andrajos de mugre y sobre panzas sucias;  
Hay escabeles, poltronas extrañas, acurrucados  
En los rincones negros; aparadores con jeta  
de chantre  
Entreabiertos a un sueño lleno de horribles  
apetitos.  
El asqueroso calor embute la habitación estrecha;  
El cerebro del hombre está atiborrado de  
trapos.  
Escucha un crecimiento de pelos en su piel  
húmeda,  
Se descarga, sacudiendo su cojo escabel.

.....  
Y por la noche, bajo los rayos de la luna,  
que le trazan  
Alrededor del culo rebabas de luz,  
Una sombra con detalles sigue en cuclillas,  
contra un fondo  
De nieve rosa como una malvarrosa.  
Una nariz estrañafalaria persigue a Venus por  
el cielo profundo.  
Sería usted execrable si no me contestase:  
rápidamente. Porque  
dentro de ocho días puede que esté en París.  
Hasta la vista.  
A. RIMBAUD

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

